

ESTUDIOS

Elogio de Guillermo Valencia

(Discurso pronunciado en el cementerio de Popayán.)

EL "Club Popayán" me ha hecho el honor de invitarme a que cumpla en nombre de sus socios y en el de la sociedad toda de Popayán, este fúnebre rito. Hemos llegado por fin a este apacible retiro, sombreado de árboles vetustos que decoran, desde hace siglos, nuestra campiña geórgica, a entregarle a la tierra los despojos mortales de Guillermo Valencia. El hecho es atterradoramente sencillo. El grande hombre ha muerto, doblegándose también a la ley inexorable, y esta tierra que recibió a sus padres, la misma que cubre el cuerpo de su esposa, aquella debajo de la cual duermen casi todos sus compañeros de generación, se abre ahora para darle el último asilo, y cobijar perpetuamente sus huesos. Bendigamos a la Providencia que le concedió el favor dulcísimo de morir en el lecho de sus antepasados, a la sombra de la propia casa, rodeado de los objetos que embellecieron su vida y de las preseas heráldicas que testimoniaron su glorioso fin de caballero cristiano: y bendigámosla igualmente porque esa circunstancia nos ha permitido sepultarlo aquí, en familia, sin ceremonias fastuosas, pero magníficamente envuelto en esta nube de suspiros, traído en hombros de esta multitud sollozante, seguido de miles de corazones que ven desaparecer con Guillermo Valencia

al centinela espiritual de la ciudad, y al depositario de sus más puras y venerables tradiciones.

Digan otros lo que esta muerte significa para la república; digan, igualmente, la pérdida que han experimentado las letras americanas. Ensalcen unos al político de carrera deslumbrante, otros al parlamentario famoso, aquéllos al polemista aguerrido, éstos al jefe de una colectividad política. Yo quiero referirme exclusivamente al duelo de Popayán, y cerrando los ojos ante el vastísimo panorama que abarcó la actividad humana de Guillermo Valencia, considerarlo como al payanés auténtico, y hacerme eco de la enorme aflicción que experimenta la ciudad.

Esta flaqueza humana tiene a veces intuiciones extrañas que revelan un sentido más recóndito de las cosas. Una de ellas es la de confundir la inmortalidad del espíritu de un hombre con la vaga ilusión de que su presencia corporal habrá de ser permanente. ¿Quién soñó nunca, decidme, con la amarga realidad que estamos viviendo? ¿Quién pudo pensar jamás que Guillermo Valencia dejaría de ser el varón arrogante, de paso firme, de inconfundible silueta, a quien todos nos acercábamos con entera confianza, pero sintiendo al mismo tiempo el prestigio de aquella atmósfera extraña que parecía rodearlo, y que lo ofrecía a nuestros ojos en una especie de perspectiva histórica? ¿Quién pudo sospechar que se callaría para siempre aquella voz tan familiar a nosotros, siempre cordial y viva en la conversación amistosa, pero tan resonante y firme cuando la animaba el dios de la elocuencia? Todo eso ha desaparecido, y ni el bronce que venga ahora a devolvernos artísticamente la figura del gran poeta, ni las medallas que graben su perfil arrogante, ni las líneas y los colores que pretendan restaurar su enérgica y amplia fisonomía, nada podrá ya darnos la imagen real y tangible de este Guillermo Valencia que se lleva consigo aquel aire personal, aquel sello característico, aquel carácter inconfundible en que residían lo sugestivo y cambiante de su persona humana y que será en vano reclamar ya a los pobres medios de que el arte se vale para animar las sombras del sepulcro.

Recordadlo, pues, payaneses que me escucháis; recogeos espiritualmente dentro de vosotros mismos, y, artífices de un arte más puro que todas las representaciones plásticas, delinead en vuestra conciencia aquella fisonomía y aquel perfil, para que Guillermo Valencia viva en vosotros, se alimente de vuestra sangre y su imagen se confunda con el más profundo reflejo de vuestras propias esperanzas.

Esa es la inmortalidad que él hubiera reclamado, y yo estoy seguro de que interpreto uno de sus más íntimos y secretos anhelos. Vivió lo suficiente para comprender todas las vanidades de la gloria; supo, como Lucrecio, qué áspera amargura reside en el fondo mismo de los placeres; fué alabado hasta la exaltación, y sin duda comprendió cómo el mezquino interés deslucía frecuentemente aquellas fanáticas demostraciones; sintió, como un viento épico, el fragor de las multitudes que lo aplaudían y advirtió, desde luego, lo tornadizo de los entusiasmos populares; tuvo aduladores a quienes menospreciaba, por descubrir los ocultos resortes de la lisonja, y adversarios a quienes admiró a causa de la rectitud de sus intenciones; ocupó cargos de extraordinaria preeminencia, hasta los cuales le llegaba el eco de las grandes miserias humanas, y entre la pompa de las fiestas y el resplandor de las apoteosis no dejó de adivinar esa parte imprescindible de pequeñez que suele acompañar a todos los despliegues de solemnidad. La misma gloria literaria, que tanto lo sedujo en su juventud, quizás le fuera indiferente en los graves años de su madurez intelectual. Proclamado como maestro del más aristocrático decir castellano, se vió atacado en diferentes ocasiones con acerba injusticia, circunstancia que, posiblemente, le hizo contemplar como siempre engañoso el resplandor del Olimpo, y digna de poco crédito la eterna sonrisa de las Gracias. Agobiado de laureles, advirtió cómo las hojas gloriosas se marchitaban sobre sus sienes para dejar limpia y desnuda la inevitable espina que acecha debajo de la rama simbólica. Había visto, en los caminos de su stirpe, lápidas ya borradas, medallones confusos, y en las amplias vías del tiempo, libros despedazados y monumentos sin nombre, por manera que no fiaba mucho en la llamada inmortalidad, y antes bien consideraba que el polvo y la lluvia son los amos del mundo, y los únicos dioses encargados de escribir la historia de los hombres. Era, pues, un hombre maduro por la experiencia, avezado a los contrastes, producto de las más crueles antítesis vitales. Sin poder figurar entre los pesimistas o amargados, de todo ese conflicto de circunstancias había extraído su propia filosofía de la vida que, en último análisis, se reducía al conocimiento de los hombres, y a la conciencia de lo que él mismo llamó las "ironías de la historia universal". En tales circunstancias es natural que Guillermo Valencia, próximo a franquear el umbral de lo eterno, volviéndose mentalmente hacia sus conterráneos, sólo les pidiese la única ofrenda digna de la solemnidad de aquel momento: conservar su recuerdo con

inalterable cariño. Ambición filial, deseo de enamorado, casi capricho de niño; pero debemos recordar que el hombre baja al sepulcro como a una nueva cuna, y que es allí donde vuelve a necesitar de esos pequeños e inmortales agasajos que sólo dan las madres. La vida otorga victorias, y Guillermo Valencia las tuvo resonantes; la vida concede premios, y Guillermo Valencia los conquistó magníficos; pero la muerte sólo quiere cuidados íntimos y arrullos susurrantes. Vamos a tenerlos, de ahora en adelante, con este niño inmortal que nace ahora en la tumba, para desvelo perpetuo de la ciudad. Fuera de aquí, en el recinto de las plazas, los arcos y las columnas que testimonien el valor de este hombre. Fuera de aquí, en el ambiente de las academias, el atildado panegírico que exalte su dón poético, su extensa y variada sabiduría, su virtud asimiladora. Fuera de aquí, bajo la cúpula del parlamento, el recuento de sus triunfos políticos, de sus gestiones diplomáticas, de su oratoria deslumbrante. Aquí, en este geórgico cercado donde duermen tantas generaciones de hombres buenos, no lejos de nuestro río paternal, aquí sólo palabras de amor, promesas de fidelidad a su recuerdo, actos de contrición por no haberlo admirado bastante, llanto por las ingratitudes de que fué víctima, reconocimiento explícito de su grandeza, cancelación de toda deuda pendiente con su gloria, votos sinceros por la perpetuidad de su obra, juramento de defender su legado espiritual, y propósito inquebrantable de amar a la ciudad como él la amó, de acrecentar su renombre, como él supo acrecentarlo, de respetar su pasado, como él lo respetó siempre, y de celebrarla habitualmente en el valor de sus hijos, en el mérito de sus ciudadanos, y en la creciente virtud y poder de sus generaciones futuras.

¡Qué síntesis tan indestructible forman Guillermo Valencia y la ciudad de Popayán! Allí estaba ella, en su trono de piedra, rodeada de suaves pirámides de verdura, forjadora de centellas y madre de las más puras brisas, engendrando sin descanso hombres para el trabajo y para la guerra, para la cátedra y para la tribuna, para el santuario y para la plaza; pero le faltaba el varón que resumiese su genio y su historia en una síntesis diamantina, y volteando entre los dedos el gigantesco prisma, arrancase de cada faceta un resplandor desconocido. Y llegó Guillermo Valencia. Popayán lo había preparado en sus sapientísimos claustros, poniendo en sus manos el maravilloso instrumento del estilo, y le había dejado recorrer las épocas clásicas de la historia humana, habituando su inteligencia no sólo

a la contemplación de las cosas bellas o heroicas, sino también a la interpretación de los acontecimientos y al escrutinio riguroso del espíritu de las edades. Además, le había ofrecido la perenne lección de claridad que se desprende de sus campos y que emana de la misma ciudad, pequeña, simétrica y rectilínea, propia para dar albergue a un pueblo estudioso, y a familias de hidalgos tradicionalistas, que vivían clásicamente, y clásicamente se extendían en sus lechos a la hora del trance inexorable. Le había presentado los vastos panoramas de su historia, los apacibles rincones de su leyenda, los vericuetos de sus crónicas. Todo eso lo había asimilado el novel artífice, fuera de la enseñanza no menos activa de los libros, léídos con apasionada delectación y de tan formidable conjunto de causas universales y de motivos de significación local y hogareña, fué cuajando la obra de Guillermo Valencia, tan sorprendente para su tiempo, y tan perfecta para todas las edades.

Mas hay entre esos cantos de alabastro, surcados profusamente de vetas líricas que se abultan como venas de generosa púrpura, un poema que sobresale, y es el dedicado a Popayán. Bien valen cuatro siglos de guerrear y de sufrir, de enriquecerse y extenuarse alternativamente, de subir a la cumbre de las exaltaciones y bajar al abismo de la miseria, de ver sacrificadas generaciones enteras de hijos magnánimos, o enloquecidas otras por el vértigo del triunfo, cuando al final de tantas vicisitudes y contrastes encuentra una ciudad su propia gloria y su propio dolor convertidos en un monumento perenne, a donde acuden a descansar el genio de la historia y el ángel de la poesía, para dar testimonio eterno de la verdad y de la belleza, encerradas en aquella urna de bronce.

Y no contento Guillermo Valencia con haber ofrendado a la ciudad su clásico canto, todavía, más tarde, redobla la ofrenda, con un poema que parece desarrollo del anterior, pero escrito con un espíritu más libre y con más abierta inspiración. Me refiero a "Alma Mater". Si el primero nos ofrece la historia de Popayán en una serie de relieves marmóreos, el otro semeja un enorme fresco donde el artista hubiera agolpado, en grupos de soberbio escorzo, en planos de infinitas gradaciones, no ya la historia, sino la vida íntima de nuestra ciudad, hecha de afectos ignorados y de orgullos de casta, de esos que sólo se rememoran al calor del hogar, frente a los retratos familiares, para estrechar y revivir las tradiciones comunes. Ya veis,

hijos de Popayán, cuánto le debemos al incomparable cantor, y cómo nos va a ser difícil pagar tamaña deuda de gratitud.

Ah! Pero ya advierto que sí hay un modo decoroso de hacerlo, digno de este pueblo, y digno asimismo del grande hombre desaparecido. Es el estudio amoroso de su obra, excelso código de elegancia espiritual, que ha educado a muchas generaciones en el conocimiento de la belleza, y que, de hoy en adelante, debe ser considerado como la herencia literaria más preciosa entregada al cariño de las generaciones colombianas. No digo yo que necesariamente tengamos que seguir aplicando las formas estéticas que allí campean en la plenitud de su gracia, ni que los motivos que en *Ritos* se aprovecharon hace cincuenta años, continúen inspirando a los poetas nacionales. No. En toda obra artística hay una parte que caduca, porque respondía a las exigencias literarias de la hora en que fué creada, y una que perdura, bajo las especies de la eternidad. Sepamos discernir esta porción inalterable en la obra de Guillermo Valencia. Fácil os será entresacarla de aquella fábrica perfecta de su poesía, levantada sobre el panorama de la república como un templo de rigurosas proporciones, todo de oro y marfil, con pórticos abiertos hacia los cuatro horizontes del espíritu y creado por las brisas terrestres y las ráfagas del océano.

Consideremos, ante todo, esa noción de la belleza pura, incontaminada y eternamente joven, que es la enseñanza preliminar de *Ritos*, noción que no arranca ni de ésta ni de esa otra escuela literaria, sino del propio espíritu del autor. Si ha habido entre nosotros un "varón estético" ha sido Guillermo Valencia. El mundo, para él, sólo existió como belleza. A través del cambiante universo, a lo largo de la historia humana, en medio de los sucesos actuales, no hizo otra cosa que buscar los valores estéticos capaces de darle eternidad artística al complicado mecanismo de su visión personal. De tal siglo capta el escorzo heroico; de tal época, el barniz caballeresco; de tal personaje, el gesto estatuario; de tal cultura, la proyección plásticamente decorativa. Para Valencia, conocer fué sentir; pero sentir con alma múltiple, alma de gentil y de cristiano, de refinado y de bárbaro, de sibarita y de estoico, de antiguo y de moderno. Su visión del mundo fué múltiple. El sol del conocimiento se reflejaba en su conciencia como la luz del firmamento en el agua, arrancando cabrillos múltiples al maravilloso cristal, y haciendo chispear los diamantes líquidos con inesperadas irisaciones. De allí lo universal de

su obra, que al mismo tiempo que compendia todas las escuelas, desde la insinuación romántica hasta la sugerencia simbolista, resume todas las épocas del hombre, desde la etapa actual caracterizada por los conflictos sociales, hasta el final desastre del universo. En el orden de las sensaciones, igual gama cambiante. Aquí, suavidades de terciopelo, molicies de regazos profundos, donde se duerme al lado de la muerte, morbideces de sedas y de encajes sobre el lánguido misterio de la carne humana; allá rasgos violentos, ariscos aspectos del alma, violencia de pasiones en que se glorifica el triunfo de la muerte, la ruidosa victoria de la púrpura, el estrago de las espadas. Del madrigal a la epopeya, del florentino discreto a la explosión tumultuaria, de la expresión sensual al conceptualismo platónico, eso es la obra de Valencia. Si le falta calor humano, en la acepción romántica del vocablo, es decir, como traslación de lo vital a lo estético, en cambio está animada de un alto y perdurable fuego intelectual, de una presión estética imponderable, todo lo cual la nutre de eternidad. Esa pureza en la expresión estética, y ese sentido universal de la vida y de la cultura, son la lección inmanente de *Ritos*, y aquello que, dentro de la cultura colombiana, debemos considerar como reflejo permanente de esta obra. Allí está la lección perdurable de Guillermo Valencia, y la enseñanza viva que seguirá fluyendo de esa cátedra de marfil, hoy enlutada. Ese es el aroma eterno que despedirá el ánfora de alabastro, que hoy hemos coronado de ciprés. Ese el murmullo que, al soplo de la muerte, seguirá dando la floresta de mirto y de jacinto donde habitaron tantas amables divinidades, donde nos fué dado contemplar tan blancos mármoles, unidos por festones tan gozosos, y saltar fuentes de zafiro que en lo más profundo de sus abismos solían reflejar la máscara eterna del hombre, labrada por el día y la noche. Ya no seremos convidados a esa fiesta de las formas vivas, a ese triunfo de las líneas armónicas, a esa epifanía del color, a ese vértigo de la danza. Todo ese mundo luminoso acaba de desaparecer al grito de esta tumba recién abierta, grito que nos recuerda cómo el evocador de tantas alegrías y sensualidades era en el fondo un cristiano viejo que sólo evocó a las Gracias antiguas para que fuesen derrotadas por las legiones del Calvario. He aquí que el templete gentilico se oscurece. Huyen, por todas partes, monstruos bicornes. Es que comienza a alzarse un tosco símbolo sobre la ruina de tan gentiles alegorías. Esa cruz que veo ahora dominará siempre sobre la memoria del poeta desaparecido, porque

nunca se apartó de su lado, y porque su verdadera gloria como poeta y como hombre no consiste en haber ascendido hasta el Olimpo sobre los remos de un águila, sino en haber bajado al sepulcro amorosamente unido a esos dos maderos sangrientos.

A esa lección de belleza juntó Guillermo Valencia el ejemplo no menos hermoso de su propia vida. El arquitecto de tan hermosas fábricas verbales, se construyó primero a sí mismo con disciplina ejemplar. Su estética no fué más que un trasunto de su moral individual. Pulcritud en la obra y pulcritud en la conciencia. Armonía en los versos y armonía en la vida. Elegancia en las combinaciones métricas, y elegancia en todos los actos públicos. La obra y el artista fueron una misma cosa. A la calidad del metal respondía la elegancia del molde. Sólo así se explica la continuada perfección de su obra que no decae, ni se vulgariza ni se abaja, porque no era una creación extraña a la ética de su autor, sino la consecuencia de una doctrina que comprendía por igual al literato y al hombre. Así como Guillermo Valencia escogió adjetivos insustituibles para esmaltar sus versos, de esta manera escogió virtudes patricias para decorar su existencia. Su estética no tuvo caídas, porque tampoco las tuvo el ciudadano. Es necesario afirmar aquí que muchas de sus fallas que se advierten en la estructura íntima de una obra de arte, son pecados y deficiencias del hombre, que van a lesionar a los hijos de su espíritu. Un verso desquiciado, una estatua sin proporciones, un lienzo ingrato, indican vacíos de la inteligencia, y deformidades de la mente, antes que falta de técnica artística o de inspiración personal. Nada de eso acontece tratándose de Guillermo Valencia. Vivió su propia estética, así como vivió su religión y vivió su credo político. Y todo esto lo vivió con pasión exaltada, no con frío amor de intelectual o con equidistante cariño de erudito. En sus poemas de mayor tersura mármorea se adivina, sin embargo, al hombre fervoroso por las ideas, sediento de sabiduría, curioso de la historia y de la naturaleza. La misma briosa agilidad con que supo defenderse muchas veces de la ceguera o de la mala voluntad conjuradas contra su obra o contra su persona, indica que debajo de ese parnasiano al parecer impasible, ardía la voluntad de un hombre plenamente convencido de sus fines espirituales, y poseedor de una fe, que en contacto con la hostilidad ajena, se inflamaba y desataba en haces de centellas. Con igual pasión profesó sus creencias religiosas, que no confundió con sus aficiones de erudito, y con no menos ardor supo defender sus convicciones polí-

ticas, concitando contra sí la animadversión pública, muchas veces, y en otras, la ira desatada de grandes y de temibles contendores. Pero nada de eso lo arredraba. La historia de sus luchas en el parlamento y en el periodismo es la historia de un alma fervorosa y de una inteligencia convencida, que disponía de todos los recursos de la dialéctica, de la ironía y de la oratoria para sostener y defender lo que él estimaba justo, santo o patriótico. Al periodismo llevó Guillermo Valencia, no sólo el caudal de sus conocimientos, que eran casi universales, sino ese dón suyo del humor, de la gracia y de la caricatura, que lo hicieron temible y sin rival. En la tribuna parlamentaria fué siempre grande, y en algunas ocasiones fué la representación misma de la patria, que parecía hablar por sus labios con voz en que se mezclaba la majestad de los siglos y el veredicto justiciero de los sepulcros. Sí; porque la patria se hizo carne en Guillermo Valencia. Cuando se alzaba en la tribuna, ella resplandecía detrás del fulgurante orador, como un arcángel armado de cuatro pares de alas armónicas que, al mismo tiempo que parecía confirmar los severos dictámenes de aquella boca elocuente, iba ordenando las imágenes y las cadencias, prestando luz a las palabras, desenvolviendo como caudas de oro los períodos, y suministrando a aquella garganta de cristal una sinfónica abundancia de notas, como la que hay en el mar o en la selva. Qué excelso se mostró Guillermo Valencia al evocar a nuestros próceres. Descendiente de muchos de ellos por la sangre, semejante a muchos de ellos por la gestión pública y el desvelado patriotismo, no tuvo más trabajo que consultar su propia conciencia para resucitarlos históricamente; y ahondar en su propio pasado nobiliario y en los abismos de su talento, para darnos aquellas imágenes que rivalizan con la vida misma; así es de fuerte su evocación, así es de precisa la línea que los restituye a la realidad de la existencia, así es de luminoso y exacto el ambiente que envuelve esas figuras devueltas al gesto y al movimiento por la magia exclusiva del verbo. Bolívar, sobre todos los hombres nuestros, fué la adoración de Guillermo Valencia. Supo compenetrarse con la obra y con el genio del Libertador de manera milagrosa, y de allí que sus páginas históricas sobre el grande hombre de América tengan algo de pindárico, al mismo tiempo que de escrupulosamente episódico. No lo cantó en verso, como Caro o como Silva; pero su discurso sobre el Padre de la Patria vale por un largo e inspiradísimo poema, de medida tan libre como la acción de aquel héroe, de inspiración tan sostenida

como la trayectoria de aquella espada infatigable que nos dejó cerca-da de relámpagos la libertad de un continente.

Pero me he salido de mi propósito inicial que fué, exclusivamente, traducir el duelo de Popayán en esta hora fúnebre. Cuántos recuerdos nos deja el cantor de la ciudad esparcidos por estas calles y estas plazas. Aquí consagró un bronce que desde entonces vivió doble existencia: la que le infundió el escultor y la que supo darle el poeta con su palabra; más allá escribió una lápida con ese estilo suyo tan sentencioso, tan sabio; aquí restauró una inscripción, después de erudito trabajo; en tal sitio hizo clavar una piedra conmemorativa; en tal otro ordenó que se colgara el retrato de un personaje que fué prez de la ciudad. En fin, por todas partes nos encontramos las huellas de aquella acuciosa actividad de historiador, de patriota, de payanés intransigente. Sobre cada muro veremos recortada su silueta arrogante; de cada rincón oiremos salir su voz timbrada y unciosa, que era el encanto de todos; en cada hora del día parecerán- nos escuchar aquellas largas, amenas y sapientísimas disertaciones, que nada tenían de pedantesco ni de simulado, porque fluían naturalmente de los inexhaustos veneros de una inteligencia pródiga, de una imaginación caudalosa, de una memoria realmente incomparable. Si alguien pudo trasladarnos, sin hipérbole, a los tiempos de la risueña Hélade, por su sereno discurrir sobre todas las cosas del cielo y de la tierra, fué Guillermo Valencia. El mismo ambiente de su ciudad natal parecía envolverlo en esa atmósfera diamantina que glorificó los pórticos de Atenas: y su ademán amplio y severo reconstruía, a nuestra imaginación, un ambiente de estatuas y de columnas que Guillermo Valencia iba poblando con todas las ficciones del Sueño y todas las imágenes de la Realidad, entre el balanceo de los laureles fragantes y el estremecimiento de la tierra joven, coronada de espigas. Nuestra ciudad sólo pudo brindarle sus caserones castizos y sus calles bien anchas; su honrada pobreza de villa antañona y sus pintorescas leyendas; pero cómo dignificaba él todo eso con sólo pasear a la sombra de estos aleros musgosos o frecuentar nuestras abiertas plazas. No... no era un griego entonces, sino un hidalgo español acogido al silencio de una ciudad monástica, después de una vida de bravas luchas y de singulares trances. También lo veíamos así, envuelto en su capa española, y solíamos seguirlo con la mirada, como a una sombra ascética de la España medioeval, hasta que tras-ponía el umbral de su ilustre casona, con escudo de piedra y patio de

amplias losas bordeadas de violetas. ¿Y quién no le contempló, decídmelo, en el recinto de su amplísima y rica biblioteca, entre murallas de libros, como el habitante un poco fantástico de esa ciudad muerta en apariencia, pero más viva que las ruidosas urbes en que se agitan los humanos? Allí estaba su imperio; esos eran sus verdaderos dominios. Paseaba por entre filas de volúmenes impresos como un capitán por entre los muros de una ciudad vencida. Las blancas páginas eran como largas vías internacionales, o como rutas oceánicas que le traían el tesoro espiritual de otras razas y de otros pueblos. Y él, en medio de aquel intrincado laberinto de negros renglones, sentía afluir a su cerebro la palpitación del universo, y siendo contemporáneo de todas las edades, y al mismo tiempo que huésped de la antigüedad, hijo complicado de la edad presente en el momento en que necesitaba vinculaciones de hombre con la tierra, y con el espacio, no era más que un colombiano auténtico, y en más limitada esfera, un payanés inconfundible. Así realizó este hombre el sentido universal de su existencia, como lo había realizado Goethe desde la corte de Weimar. Nada de lo que concierne al hombre le fué extraño; pero tampoco le faltó nada de lo que exige el concepto de colombiano, y mucho menos de lo que implica la legítima condición de hijo de Popayán. Desde su ventana colonial descubrió todos los horizontes de la historia. Le bastó empinarse en cualquier piedra de estas plazas para descubrir el Partenón y la cúpula de San Pedro. Tan maravilloso secreto sólo se lo otorgó el Genio pensativo que velaba en el recinto de su biblioteca, el Ángel de los Libros, si así podemos llamarlo, tan semejante a esa figura alada del cuadro de Durero, que medita entre compases y filtros, con un león a los pies, y frente a la ventana por donde penetra la claridad del espacio. Hermoso símbolo de la inteligencia humana, dueña de la fuerza y del cálculo, del espacio y del tiempo, y no obstante triste, porque el propio pensamiento es una limitación, y las fronteras del saber son la cárcel del alma.

Ahora comprendo que todas estas evocaciones, por sinceras que sean, aparecen como sombras vanas ante la realidad increíble de esta muerte. Esa urna, sellada para siempre, nos roba la parte más gloriosa de nuestra historia, se lleva la mejor empresa de la ciudad, y reduce a polvo el más alto orgullo de nuestra gente. Duerme en paz, ¡oh Maestro magnífico!, en esta tierra de entrañas perfumadas, acostumbrada a recibir, desde hace siglos, semillas y canciones, en esa doble primavera de las flores y de las almas, que aquí tiene su asiento.

Tú celebraste este pequeño reino geórgico no como el Virgilio campesino de los ganados y de las mieses, sino como un patricio portador de la lira para quien la tierra no era sólo la madre de las cosechas, sino la generadora de las estirpes tradicionales, y la fecunda nodriza de todas las virtudes nobiliarias. Ahora vas a integrarte a ella y a revolver tus huesos con los de aquellos varones que te precedieron en la lucha, en el mando, en la hidalguía, en la inspiración. Si ya la historia había comparado tu genio poético con el de Arboleda, ahora la tierra va a mezclar tus despojos con las cenizas del cantor de Pubenza y a darnos, en estupenda síntesis, un símbolo apropiado debajo del cual puede ampararse toda nuestra historia. Descansa en paz, ¡oh Maestro glorioso!, en el verde regazo de este valle por donde desata su corriente tu Cauca siempre amado, el espumoso río que después de haber cercado tu casa señorial de caballerescas leyendas, va a engendrar ahora todas las mitologías que transfiguren tu nombre, entregándolo al recuerdo de las generaciones venideras cada vez más rico de luz, cada vez más cargado de atributos poéticos, cada vez más glorioso en la noche de los tiempos, cada vez más claro en el amanecer de las edadés. Descansa en paz, ¡oh Maestro inolvidable!, entre el gemir de tu pueblo, el perpetuo luto de estos hogares, y la eterna elegía de los robles que te dieron su sombra, cuando pasabas al amparo de sus ramas como un Orfeo cazador y músico, alternando el venablo con la cítara. Que nadie descuelgue tus armas, que nadie ose mover tu pluma del sitio en que la dejás clavada para la eternidad, y que el Angel del Señor, en cuyos brazos te dormiste con serena resignación, vigile tu sepulcro y ampare esa lira de oro en la cual resonó cierta vez, con eco inmarcesible, esta sola palabra: Jesucristo.

RAFAEL MAYA